



INFORME: El año Quijote

# Mi ejemplar de El Quijote

*Arturo Tendaro*

Allá por 1971, y no recuerdo ya por qué infantiles méritos, los Salesianos me regalaron el libro de los libros españoles. Era una vigésimo cuarta edición del Quijote, editada por Espasa-Calpe en su colección Austral. Me hicieron entrega del volumen en la despedida del quinto curso de la primaria de entonces, que se llamaba EGB, en el transcurso de un acto bullicioso que se desarrollaba todos los años frente a la fachada principal del edificio, conocido ahora como Giner de los Ríos mientras lucha por salvarse del afán especulador.

En ese momento me chocó mucho que El Quijote no se llamara El Quijote a secas, sino que tuviera un título más largo: "El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha". Por supuesto, la letra diminuta y apretadísima, amén de las casi 680 páginas de la historia, sin contar el Índice de los capítulos y el de otros casi mil autores de la editorial, me disuadieron de leerlo entonces. Y eso que no era yo mal lector para mis diez años.

Depositó el libro en un anaquel de mi dormitorio y allí fue viendo pasar los años y los cursos. Llegó la adolescencia y con ella la obligación de leer El Quijote, tradicional en todos los bachilleratos. La buena de Nani, nuestra profesora de literatura en la Universidad Laboral, nos apretó las clavijas para que leyéramos, entre otras cosas El árbol de la ciencia y Tiempo de silencio. Por supuesto también la obra magna de Cervantes. Aún no sé cómo, me las arreglé para sortear esta aventura y justificarla con una reseña verosímil.

Las exigencias académicas chocaban de forma inevitable con mi devoción por el fútbol, al que consagraba todas las horas que podía arañar de las apreturas del bachillerato. Por otro lado, la imposición despojaba del más mínimo morbo a la lectura; lo morboso era no leer, con lo que mi regalo de

Salesianos siguió tiñéndose de olvido en la estantería. En todo caso, tal vez utilizara el Índice para resolver el engorro de la reseña, que esa sí la completé con mis propias manos.

Llegó la Carrera, donde no necesité para nada de El Quijote, ni nadie me obligaba a resumirlo. Entonces fue cuando reparé en que el libro seguía intacto en la estantería. Los años y algún cambio de domicilio, le habían desgastado el lomo y empezaban a robarle algunas hojas. Sentí en ese momento su llamada. Lo tomé en mis manos y, como hacía un calor insoportable, me salí al balcón, desde donde se divisa La Posada del Rosario, en la que algunos quieren presumir que se hospedó Cervantes. Frisaba a la sazón mi edad con los veinte años.

Y ya no levanté cabeza, porque los personajes no me dejaron que lo hiciera, hasta no haberlo leído una vez. Empecé una inmediata segunda lectura, para lo que me armé con un lápiz y unas fichas, porque tenía necesidad de que aquella maravilla no pasase por mí de nuevo sin dejar algunas perlas que ir rumiando. Y hete aquí que aún vivo de aquellas anotaciones, mientras mi tacto sigue trabajando con el mismo ejemplar, arrugado y recompuesto por mi padre que en gloria esté. No quiero otra versión, no la necesito.

A veces lo abro por abrirlo y respiro el polvo de aquellos años intermedios, un polvo que sorprendentemente no me provoca estornudos, quizás por el bálsamo de Fierabrás que atesora. Este año de celebraciones excesivas, cuando algún amigo bienintencionado me comenta el despilfarro que supone regalar tantos quijotes a niños, para quienes son lectura inapropiada, sonrío para adentro recordando la paciencia que conmigo tuvo este ejemplar, una vigésimo cuarta edición de Espasa-Calpe, colección Austral. ■



CENTRO DE ESTUDIOS  
DE CASTILLA-LA MANCHA